

# Divulgar no implica rebajar

J. A. MARTÍN-PEREDA

Hace un par de meses dediqué estas líneas al tema de la falsa ciencia que deambulaba por revistas y programas de radio y televisión. Quería alertar sobre los peligros que entrañaba meter en un mismo saco a charlatanes/videntes y a científicos/tecnológicos, bajo el pretexto de que aquellos eran la *Nueva Ciencia* y éstos la *Ciencia establecida*.

Lo cierto es que, ni la una era nueva, porque ni siquiera era ciencia, ni la otra podía designarse como *establecida*, porque estaba cambiando.

Hoy quisiera ampliar este hecho con algunos comentarios sobre un tema que esboqué allí, pero que apenas tuve espacio suficiente para tratar con más detenimiento. En este caso ya no se presenta el peligro de la confusión entre la verdad y la mentira, ya que el aspecto que voy a comentar es ajeno a este hecho, aunque al final puede conducir a interpretaciones erróneas, sobre todo cuando no se hace como se debe. Me estoy refiriendo al tema de la divulgación científica y a sus intereses.

No ha sido nunca nuestro país un entorno en el que el divulgar de manera adecuada los conocimientos científicos haya estado dentro de las prioridades ni de los intereses de los dedicados a la ciencia o a la tecnología.

Por una parte, algunos parece que actúan movidos por el hecho de que si los demás entendieran de manera clara lo que estamos haciendo; se perdería el sentimiento de *devoción* que, creemos, deberían sentir hacia nosotros; sólo si *nuestro saber* es algo hermético e inescrutable es cuando nos creemos superiores a los demás.

Esta tendencia se da incluso, en algunas ocasiones, entre los propios docentes que imparten sus clases magistrales de manera que ni los alumnos más aventajados los entienden. Pero ésa es otra historia.

Por otra, el *descender* a

contar en palabras llanas lo que se ha encontrado o se está estudiando, es como rebajar nuestro trabajo a unos niveles que no se merece. Sólo el publicar en revistas de alto prestigio internacional parece digno de atención. Que el gran público lo conozca también, es como si no formara parte de la tarea del investigador. A pesar de que en casi todos los casos hayan sido los impuestos que paga ese *gran público* el que han permitido que lo que se está haciendo se lleve a cabo.

No se entiende que la tarea de divulgar constituya una parte esencial de la función del investigador. Luego, en ocasiones, se dice que no se sabe por qué la sociedad no reconoce la importancia de la ciencia y la investigación.

Ocurre que si el científico no lo hace, otros intentan hacerlo y aquí comienza uno de los primeros problemas. Cuando un profesional de un campo interpreta lo que se hace en otro, por lo general tiene fallos. Se toma como inmediato lo que es posible que sea futuro. Se considera viable a corto plazo lo que todavía quedan lustros para que se lleve a la práctica. Se cree que el objetivo de algo es uno determinado, y luego resulta ser otro.

El lector que lo lea, por lo general más ajeno aún al tema que el que lo escribió, toma al pie de la letra lo que está entrando por sus ojos. Y comienzan las interpretaciones erróneas. Se cree que está leyendo lo que va a ser el futuro y tan sólo es un invento de futuro. Cree que es pura ciencia lo que sólo es pura ciencia ficción.

En otros países esto no pasa. Muchos premios Nobel tienen a gala el haber publicado libros que los puede entender todo el mundo.

George Gamow, por ejemplo, físico del más alto prestigio internacional por sus trabajos en cosmología y física nuclear, no tuvo el más mínimo reparo en publicar una serie de libros de carácter divul-

gativo, algunos de ellos con el personaje de Mr. Tompkins como protagonista, en los que trata los temas más complejos con un lenguaje que *todo el mundo puede entender*. Y, además con un sentido del humor que es el que creo que a veces falta en algunos de nuestros más preclaros científicos.

R. P. Feynman, superconocido entre los estudiantes de física de todo el mundo, tampoco sentía rechazo por escribir de manera que se pudiera entender, sin necesidad de altas matemáticas, los conceptos más sofisticados.

Porque todo, absolutamente todo, puede ser explicado a unos ciertos niveles, sin necesidad de un gran aparato. El que dice que lo que sabe es tan complicado que sin ecuaciones no puede contarlo, es que tampoco lo entiende él. El concepto físico, por ejemplo, el puro concepto físico, no precisa de bambalinas para ser entendido. Si las precisa es que algo falla. Como es evidente, para penetrar por debajo del concepto, y dar modelos o explicar con una fórmula un comportamiento, hay que subir un nivel y andar por otros caminos. Pero ésos son los derroteros de los profesionales del tema que el gran público no precisa recorrer.

Sería bueno que algún día nos diéramos todos cuenta de la importancia de la divulgación científica. Que escribir un libro que todos puedan entender puede ser tan importante como publicar un artículo en la revista de mayor prestigio. Y que dar una clase que todos entiendan —y de la que si luego en un examen se pregunta algo, todos los alumnos puedan responder— es más valioso que impartir una conferencia que demuestre nuestro saber, pero que nadie atina a descubrir cuál es ese saber.

*Catedrático de Tecnología Fotónica de la Universidad Politécnica de Madrid (UPM).*